

Iñaki Gabilondo y las trompetas del tiempo

Es 6 de julio de 2006, son las diez y cuarto de la mañana e Iñaki Gabilondo aparece por la puerta trayendo de la mano la consciencia del tiempo. La arrastra desde que nació, San Sebastián, 1942, y con él ha ido creciendo durante años de mucho trabajo y esfuerzo compensados por el reconocimiento; un éxito en cambio inconsciente, del que no supo hasta hace bien poco. Gabilondo oye hablar de él como si fuera otro. Hoy esta consciencia temporal se ha convertido en único faro de referencia para lo que él llama «el último capítulo». Fue la voz que durante casi 20 años despertó diariamente a tres millones de oyentes, «hoy por hoooooooooooooooooooooy». Pero hoy es 6 de julio y su voz se cobija en «una tele pequeñita» y un noticiario nocturno y minoritario, personalísimo, y cuando nota que algunos dicen, «Iñaki, qué mal», él entonces entiende: «Ahí está, la trompeta»; porque ha entrado, dice, «en un tramo final de la vida cuyas trompetas ya percibo». A la luz de la consciencia del tiempo quiere Gabilondo triunfar en la

vida, la de verdad: «En mi vida, en mi vejez y mi decadencia, en mi muerte: quiero hacerlo bien». Y su nieta pequeña preguntándole por la noches: «Abuelo, ¿cómo haces para meterte en esa caja tan pequeñita?»; la tele, la infancia.

Se mete: «Soy una anomalía, una especie de bulto raro; un señor, que soy yo, que viene con un montón de experiencia, que gana más dinero que los demás, que no es jefe de la estructura, pero tiene una cierta posición...», extraña. Habla sobre el telediario de Cuatro, un barco que está ayudando a construir y consignar, nada más. «No voy a estar mucho tiempo, y el año que viene quiero trabajar sólo cuatro días a la semana». Hace un símil constante con el barco que hay que botar; hay que izar las velas, coger los vientos propicios, sortear los cruces de olas que se forman en la bocana de los puertos, «hay chavales que están empezando y hay fichajes, gente que viene de tan distintos medios y con tan distinto aprendizaje... Y allí en medio, el bulto raro, que ahora se nota menos, pero que a medida que la travesía coja fuste, se notará más». Entonces se irá. «Bien, para mí todo esto es divertido». Y dejará tras de sí un «telediario de autor», que así lo presentó: «Pero al decirlo no he querido dar una impresión aristocrática o superior, tipo aquí está la clase de tropa y ahí viene el chico listo que hará las cosas diferentes. No. Pero sólo puedo hacer lo que sé, tengo 63 años, a punto de cumplir 64; he pasado todas las vueltas que este oficio da, que son muchas, y, en el momento actual, las posibilidades que tengo son éstas, no puedo reinventarme ni falsificarme. Comprendo que en este instante lo que yo sé hacer no está exactamente en la línea de lo que vende, pero no

puedo debutar en el formato actual, que consiste en poder incluir en las noticias un mono con paraguas abierto porque queda bonito. Encima, si veo la actualidad del día, no puedo evitar que mis criterios de selección tengan cierta particularidad, y no voy a introducir determinados elementos por conquistar mayor audiencia. Lo que no me creo no me sale y, además, no estamos aún en la pelea por el *share*, aún no, eso pasará dentro de unos años, pero ahora no es la prioridad. Así pues, hago lo que me sale, sin violentarme por conseguir un metro más de ventaja. Al calificarlo de autor aludo a mis particularidades, todos los tics de un tío que ha estado 40 años en la radio: mis técnicas narrativas, mi gestualidad, deformaciones de lenguaje, mis aciertos y desaciertos en la comunicación; todo esto está hecho y no puedo encajar en otra cosa, no se me puede encajar en nada».

ESO YA SOY

Se mete en la caja pequeñita porque quiere, y le sale lo que la edad le da. Edad que para él es sinónimo de experiencia, «porque 63 años no tienen nada de particular, lo particular son mis 40 años construidos en la radio, y ésta es la realidad objetiva. Lo que ahora haga se hace sobre esa experiencia de la que no me puedo desprender, porque eso ya soy, es lo que soy. Edad, si quieres, en la que ya están construidas de manera bastante cerrada mis posiciones ante la vida, el periodismo, la actualidad, y eso me encorseta. No tengo grandes posibilidades de inau-

gurarme o estrenarme en nada. La edad es estupenda, pero se ha perdido la elasticidad, y cuesta hacer cualquier movimiento que no resulte natural». Menor audiencia a cambio de mejor audiencia, sin despreciar la audiencia, «eso no, me gustaría tener la mayor audiencia posible, como a cualquiera. Pero la historia no es ésta, sino qué estaría yo dispuesto a hacer por conseguir una audiencia superior, y la respuesta es que no estoy dispuesto a encontrar ninguna nueva vía de acceso, no me interesa; no me interesa nada más allá de lo que estrictamente signifique aprender, mejorar, descubrir. Estoy muy curado de espantos, tengo todos los premios que se me pueden dar (seis premios Onda, Ortega y Gasset de radio, Francisco Cerecedo y un largo etcétera), el éxito no me sobreexcita, sé de sobra lo que es, o sea...». Se detiene un instante y busca aún más claridad para sus palabras: «Estoy de retirada. Si puedo, seguiré trabajando hasta que me muera, y si vivo cien años, trataré de trabajar hasta la víspera, pero entiendo que mi protagonismo tiene que ir desplazándose para dar lugar a otros. Me imagino el resto de la vida profesional que me queda muy atareado, pero no en el corazón, no en el eje. Esto es lo que ahora siento».

Además, siente cansancio, que no es un cansancio de edad ni de desgaste físico, sino un cansancio anímico. «Madrid desgasta mucho y he estado muchos años en el centro de una actividad muy intensa, y yo no valgo para esa guerra tanto como otros. Soy un tipo bastante duro, la verdad, pero estoy un poquito empachado de las tensiones políticas de este oficio. Hay gente en este gremio que tiene una especial afición a la política y cuando su

oficio le empuja por estos derroteros se siente pletórico; pero yo no. A mí la política me interesa como a cualquiera, pero no es mi ilusión primordial. Yo no me metí a trabajar en esto para ser un periodista político, no, sino que me he visto empujado, se me ha dado un carácter de referencia, y no he estado cómodo». He aquí sus razones, las razones de su nueva etapa lejos del clamor, «hoy por hoooooooooooooy», tres millones de oyentes. «Acepté dejarlo primero porque me lo pidió la empresa, pero yo estaba deseando cerrar un ciclo de tiempo. Eran ya demasiados años de una vida dura, contra el horario de los demás, contra la propia inercia. Sin embargo, lo más importante fue que me sentía empachado, sufría una especie de sobredosis de política a mi alrededor, una sobresaturación que mis competidores viven con entusiasmo, con soltura y naturalidad, pero yo no: vivir como un político en activo no es el ideal de mi vida».

Hubo más en su decisión, hay más en ese cansancio que remonta cada mañana cuando sale a la calle, con esa sensación extraña, «como si me fueran a detener», cuenta, como el emperador con traje nuevo de tela invisible, «eh, señor, ¿qué hace usted libre a estas horas, desnudo?». Hay más todos los días, todos los minutos. Está el dolor por la enfermedad de su hija Ainhoa, la misma dolencia, un eslabón perdido en las enzimas de la sangre que, caprichoso, dibujó el episodio más doloroso de la vida de Iñaki, la pérdida de su primera mujer, madre de sus tres hijos; 36 años tenía Maite, 36 tiene hoy Ainhoa. ¿Qué le pasa a Ainhoa? Quédate. «Lo cierto es que estoy zumbado, ando zumbado. Estoy para quitarme de en medio y des-

cansar. Todo lo que te cuente está atravesado por esta realidad». Dolor. Este fin de semana sale para Lanzarote, a verla; mientras no llegue, no descansa, y cuando llegue, le contará sus cosas sobre el tiempo que fluye y que no para. A su hija.

YO SOY YO, E IÑAKI GABILONDO, OTRO

Se duele Gabilondo, y su dolor conmueve, pero aún hay algo más. Es su arte de seducir, su directo tierno. Te ve, te planta tres besos cercanísimos, tres, al estilo francés, aproximando mucho el cuerpo, rozándote en su piel cuidada, fresca, limpiísima. Después se sienta y mira desde unos ojos tan azules, como guías. Y todo esto conmueve, lo sabe Gabilondo, y lo repite en sus entrevistas, la proximidad en directo: «Soy una persona muy táctil». Son ya las once de la mañana del 6 de julio, una hora más, y él sigue contando que tal vez le haya llegado la hora esperada, sí, aquella que en medio de la vorágine clamaba por un trabajo menos voraz y brutalmente exigente, el que lleva haciendo toda la vida. «Pues sí, quisiera ralentizar el ritmo a partir ya de la próxima temporada, que el equipo de fin de semana empiece el viernes». Nada de esto quiere decir que la ilusión le haya abandonado, «la ilusión es compatible con lo que cuento, es más: no me sostiene otra cosa, tengo casa y tengo la luz pagada, no espero más premios ni más elogios, eso tuvo otro tiempo. Pero ahora me sostiene estar aprendiendo de chicos mucho más jóvenes que, de esto (la tele), saben mucho

más que yo, que soy un auténtico pardillo en esta materia. Y cuando voy allí (a la tele), y me instalo, y les pregunto constantemente cómo se hacen las cosas, lo paso muy bien». Y algunos, o muchos, diciendo: «Iñaki, ah, qué mal», las trompetas. «Yo también soy autocrítico, también lo he dicho». El telediario fallaba en la conexión de tantos y tantos elementos que se ponen en juego a la vez en un plató, y las críticas le sobrevenían, a él, a su nombre, después de 40 años de éxito sin fisuras. «Las encajo bastante bien. El éxito o el fracaso son dos impostores, hay que acercarse a ellos con seriedad. Mis compañeros siempre se han sorprendido de la poca importancia que le he dado al éxito cuando lo he tenido: lo agradezco, pero no me parece vital. Y ya en la radio, en medio de aquella pelea diaria tan encarnizada, me sucedía: mis compañeros y mis jefes se cabreaban por los comentarios que me hacían desde otros medios y les decepcionaba que yo no me alterase, “¿pero lo has leído?”, “sí, lo he leído, ¿y qué?”. El supuesto fracaso (fracaso de audiencia del telediario de Cuatro) era esperado, era lo previsto. Yo simplemente puse mi nombre para ayudar a la difusión del proyecto, pero hace tiempo que escucho mi nombre como si fuera de otro, como si hablaran de otro. Hay etapas. La primera vez que ves tu nombre impreso en un periódico, y esto se comenta, te produce una impresión directísima, como un beso o un puñetazo en el hígado, vives un tiempo obsesionado por la más mínima referencia en el recuadro del último periódico de provincias. Pero pasa el tiempo y te desprendes de ello, y acabas descubriendo que las alusiones terminan por ser tópicos, entonces llega

la etapa adulta; y luego, ésta: yo soy yo e Iñaki Gabilondo, otro al que yo miro con curiosidad, pero que apenas me afecta. El otro día Umbral escribió un artículo sobre la entrevista que me hizo *El loco de la colina*, nos ponía por las nubes, y yo me sorprendí leyéndolo como si hablara de alguien ajeno. Y sí, es más grato un beso que un directo al hígado, pero yo estoy en otra vuelta, sinceramente. Las críticas me halagan o me disgustan un poco, no mucho, y sobre todo se me pasan enseguida, me importan poco».

Levantaban la voz aquellos comentarios porque Gabilondo *a)* no lee el texto de una pantalla y, por tanto, titubea y hasta se equivoca, y *b)* comenta, no sólo informa lisa y llanamente, sino que se implica en la noticia como ciudadano concernido por los hechos. Mal asunto, malos asuntos los dos. «Es que yo ya no sé hablar de otra manera: hablo a la gente. Procuero que nunca se me olvide la gente, pienso en la gente, y luego no sé si lo hago bien o mal. Pienso en la gente y me sale en voz alta: “Vamos, chicos, son las siete menos tres minutos, empezamos, a ver, Mari Carmen, tiene 42 años, es de Valladolid, ha dormido mal, va a sonarle el despertador, va a abrir un ojo y decir, jueves, la leche, jueves, o bien, ya es jueves, por fin; está disgustada porque se ha visto muchas canas la noche anterior, tiene que ir a la peluquería, o está mal con su marido y le gusta Pepe el de la oficina y no sabe cómo hacerlo; además, tiene un hijo pequeño con el sarampión: Mari Carmen, va por ti”. Siempre tratando de que la máquina no me haga olvidar el destinatario. Y te digo: no sé cómo se construye el éxito, cuáles son sus claves, pero sí

sé que el éxito que haya podido tener en la radio, el éxito de todo programa de radio, descansa en este particular: que nunca se olvida del interlocutor. Cuando estoy haciendo un programa no me acuerdo para nada de Polanco, ni de Juan Luis (Cebrián), ni de... Federico (Jiménez Losantos). De nadie: yo sólo me acuerdo de Mari Carmen. Y al día siguiente, Juan, que es taxista y tiene una tienda. Hay que ir más allá del cristal del control, pensar que eso es sólo el primer paso del camino. Y entonces llego a la tele, a la que ya no estoy acostumbrado, que tiene una arquitectura mucho más complicada porque depende de muchos factores y mucha gente, que no se trata de un tío que está en el control y al que miras a los ojos de manera que te entienda. Y ya sé que leer en la pantalla me va a permitir hacerlo perfecto, pero ¿podré seguir acordándome de Facundo el de Burgos?, porque si se me olvida Facundo, esto va a ser un lío». De modo que no lee, habla a Facundo y a Juan el taxista y a Mari Carmen, que está agobiada, hora de la cena, «y así (hablando) estoy condenado a cometer muchos errores». Y encima, va y casi opina, casi moviéndose como funambulista en la exigua y movediza arena que va desde la realidad desnuda a la crónica de opinión; y los que le observan con malos ojos, jaleando el tendido: «Ah, ya está, ya está haciendo doctrina». «Bueno, cada vez menos, cada vez menos, no tengo ganas de que... Sí, me gusta hacer algún tipo de observación, y al comienzo doy un vistazo algo valorativo sobre la actualidad del día». Pues se le nota, se le sigue notando ese tono de ciudadano preocupado. «Tal vez sea un poco inevitable: se me escapa». Porque no lo puede evitar: la

rebeldía. «Sí, creo que me voy a morir pataleando; la actualidad te obliga a patalear, porque está viviéndose de manera muy muy tensa: hay dos miradas tan radicalmente opuestas, es tan peligroso pero tan cierto esto... Yo no puedo evitar ponerme de mala leche escuchando (esta mañana) a Cañizares (arzobispo de Toledo) hablando sobre la familia. Las posiciones están tan enconadas que no puedo evitar irritarme frente a Aznar, por ejemplo: que por un lado no admita los atajos contra el terrorismo y, por otro, sea amigo de Bush; que no soporte a Polanco como líder mediático y que se vaya de vacaciones con Berlusconi y sea empleado por Murdoch. Es que me pone de mala leche». A Gabilondo, aunque quiera disimularlo, en esta etapa de la vida donde le interesan otras cosas, le sigue traicionando la rebeldía.

SÓLO SOÑABA CON VIVIR EN LA RADIO

Es cierto que siendo niño pasaba por delante del edificio de Radio San Sebastián y soñaba con vivir allí. Es cierto: un sueño peculiar. Pero nada tenía que ver con esto en lo que se ha convertido: un líder de opinión, a su pesar tal vez. «Eso en la vida lo soñé (el liderazgo), eso nunca. Lo conté (el sueño) el día que me marché de la radio, y los compañeros me regalaron un cuadro de Eduardo Arroyo, que pintó un dibujo muy bonito de San Sebastián y debajo escribió: “Aquel chico que pasaba por delante de Radio San Sebastián y quería vivir en ella”. Fueron mis palabras cuando me marché: aquel chico, que soy yo, ha cumplido

muy sobradamente sus sueños. Para mí fue una gran sorpresa y todavía me cuesta creérmelo, aunque haya pasado al territorio de los ex. Además, no me di cuenta hasta hace muy poco, porque he sido muy estajanovista, y las empresas huelen a los primos, debemos de desprender un tufo especial, y entonces a mí me han caído todos los marrones que haya podido haber: doce horas seguidas de programa, todas las noches electorales desde que Franco murió hasta hoy, todos los grandes maratones. Y claro que me gustaría jugar de tacón, pero me han tocado siempre los barrizales, los grandes partidos con viento y a la intemperie, y, por tanto, no me he ido dando cuenta de que esto sucedía (el éxito, el liderazgo). Y a veces me digo que a mí también me encantaría hacer un programa muy mono, muy cuidado, una vez a la semana, grabadito, con esa música estupenda que tanto quiero, ¿y por qué no puedo hacer eso y siempre me encargan trabajos abrumadores? Así que un día me desperté (de la inopia) y me di cuenta de que la gente, mis compañeros, me hablan de usted, y que me invitan las facultades de Ciencias de la Información a dar conferencias o clases magistrales. Y eso sucedió hace poco, y me sorprendió. Sucedió hace poco o ésa es al menos la impresión que tengo: que he estado trabajando en la mina y que hace poquito salí a la superficie y me gritaron: «¡Bieeeeeen!». Un estajanovista, y muy exigente, es lo que siempre he sido».

Terminó la carrera que quiso estudiar, periodismo, con 21 años, y apenas otros 5 años más tarde ya era director de la cadena Radio Popular de San Sebastián, «es que toda la vida he sido jefe, hasta que he dejado de serlo».

El destino, la suerte, el empeño, «una suma de muchas cosas, pero desde luego la suerte juega una baza muy importante, conozco a mucha gente que vale un montón y que sus circunstancias no le han ayudado, no se han conjugado en el momento preciso. Lo que a mí me dio una gran oportunidad de salida fue esa afición a la radio que yo tenía, porque cuando terminé periodismo nadie quería trabajar en la radio, en la radio no había periodistas, sólo en Radio Nacional, y operaban al dictado del Gobierno, y hacían una especie de informativo, una cosa horrible. Yo estudié periodismo simplemente porque me parecía más normal que otra cosa si quería trabajar en la radio. Y coincidió: cuando empezó a percibirse que después del franquismo se daría una homologación con las radios europeas, en las que sí había información, se buscaban jóvenes periodistas que quisieran trabajar en la radio, pero nadie quería, todos querían trabajar en prensa. A mí en la facultad de Navarra me decían que alguien que estudiara periodismo para trabajar en la radio era como el que estudiaba medicina para trabajar en un circo: es que no se encontraba relación entre ambas materias, la radio era cosa de locutores. Pero yo vivía en San Sebastián y me pasaba el día escuchando la radio francesa, que era como la española pero con información. Entonces pensaba: pues un día España tendrá que ser como Francia, y tendremos libros como los tienen allí, y ondeará la ikurriña como allí ondea, y ligaremos con las chavalas en biquini, y veremos películas. ¡Pero es que estábamos a 15 kilómetros de la frontera!, y mi familia no era muy franquista, de modo que vivíamos esperando que aquello se acabara. En Francia

todo era más bonito, las tiendas, los envoltorios, las chicas. Era nuestro modelo de referencia, y cuando Franco se murió, aquí empezaron a descubrir lo que nosotros ya habíamos descubierto a la edad apropiada, con 17 años».

«Ésta fue mi oportunidad: el director de la Cope San Sebastián, un cura, iba a jubilarse, y andaban buscando a un chico joven, que fuera de San Sebastián y que fuera periodista, para colocarse ya a la altura del futuro, y resulta que nadie más que yo reunía estas condiciones. Fue mi primer trabajo, directamente como director. Hasta entonces sólo había hecho prácticas, en radio y periódico, y había estado dos años entre París y Luxemburgo para aprender a hacer radio, con una beca en Europa 1, y cuando regresé, pues era el único, de verdad, es que no había nadie más». Profeta en su propia tierra. Pero el destino habría de mover de nuevo los hilos, dando un giro hacia el sur: Sevilla primero y luego ya, Madrid. «En la vida me han sucedido avatares terriblemente dramáticos, de los que no me gusta hablar porque pudiera parecer que juego con ello. Estando en Radio San Sebastián, me fichó la SER, también como director. Entonces la SER, que se preparaba para el posfranquismo, tenía dos jóvenes con futuro, uno era yo y otro, Manuel Alonso Vicedo, subdirector de la cadena en Sevilla; ambos éramos 20 años más jóvenes que los siguientes. Vicedo era el director de facto, pero iba a tomar posesión del cargo en unos días y yo pensaba asistir a ello. Entonces, ya digo, unos días antes, viniendo de El Puerto de Santa María, hay un accidente de coche y en él se matan cinco personas de la SER de Sevilla, y entre ellos, Vicedo. Así que la cadena me

manda a Radio Sevilla, que era su tercera emisora, a cubrir el hueco y mantener el aliento. De modo que en lugar de ir a la toma de posesión de mi amigo voy a Sevilla a sustituirle en su puesto, y el primer acto que me toca cubrir es la inauguración de la calle que la ciudad le dedica. Cómo son los caminos de la vida. Si aquello no hubiera sucedido, yo probablemente no me habría marchado de San Sebastián, o sí, habríamos terminado de todas todas en Madrid, por el peso que yo tenía en la cadena. Lo que sé es que un drama me llevó a Sevilla. Aunque luego resultó muy divertido, porque eran los años anteriores a la muerte de Franco y había muchísima agitación, una bronca tras otra».

Y así, dirigiendo emisoras como condenado a ello, hasta que en el año 81 se planta ante sí mismo y decide dejar para siempre los cargos, el banquillo de dirección, para no abandonar ya el terreno de juego. Lo que ya contó: grandes partidos, viento, barro, intemperie; estajanovismo puro. «Nunca me arrepentí de aquella decisión. Es más, lo que me parece imposible es haber ocupado hasta entonces un cargo, porque no he conocido a nadie más inadecuado que yo para ser directivo: el mundo de despachos y reuniones me parece un horror. Eran otros años, cierto, agitadores, pero no coincido para nada con el esquema actual de un directivo, puros gestores. Además, es que me duermo en las reuniones, me aburro, no sé estar; me horrorizan los juegos de poder que se libran en ellas, cómo se triunfa o se fracasa por gracia del triunfo y el fracaso de los demás, como un entrenador en el banquillo, a quien le triunfan o le fracasan los aciertos o fa-

llos de los futbolistas. Había salido de la SER como director de informativos porque Televisión Española me había hecho una oferta para dirigir un telediario, que tuvo mucho éxito, en unos años muy borrascosos, con el 23-F por medio. El acuerdo con la cadena era que volvería al terminar mi contrato con la tele, pero de allí me echaron con tanto estrépito que la SER consideró conveniente esperar a que las aguas se remansaran y que al Gobierno se le pasara el enfado, porque habíamos sido muy críticos con la política del presidente Calvo-Sotelo. Unos días después de este despido muere mi mujer, así que me vi sin trabajo, con tres críos y un montón de telegramas felicitándome porque se consideraba que mi despido había sido heroico, «¡cojonudo, Iñaki!», y tal. Y en estas circunstancias me acogió Juan Tomás de Salas en el Grupo 16, y al poco tiempo me hace una oferta Antena 3 y entonces la SER, que se entera, me reclama. Y ahí fue cuando les dije que sí, pero que nunca más aceptaría un puesto directivo; decidí que en adelante triunfaría o fracasaría con mis propios méritos o deméritos, no quería depender de otros juegos, quería sostenerme con mi propia profesionalidad».

EL VÉRTIGO DE LA INTEMPERIE (TEMPORAL)

Y entonces, circunstancialmente, le sobreviene otro éxito, el más puro de su vida o el más crucial. En el Grupo 16 conoce a la que será su segunda esposa, Lola Carretero, y la inicia en la senda del periodismo, que ella ya fre-

cuentaba desde la redacción de *Diario 16*. «Nunca hemos sido estrictamente compañeros de trabajo, ella hacía una colaboración dos veces por semana en mi programa de radio. Yo buscaba a alguien que se ocupara de moda y belleza, pero no había pensado en ella, y entonces alguien de la cadena me dijo que por qué no lo hacía Lola: “Estaría mal que la favorecieras porque es tu mujer, pero que la margines por lo mismo también me parece mal, porque lo puede hacer cojonudamente”. Fui más exigente con ella que con nadie y fue una persona muy querida por los compañeros del programa». Total, 19 años levantándose a las cuatro de la mañana, nada fácil para el devenir de una relación de pareja, «pero lo teníamos todo muy claro. No podíamos acostarnos juntos, ni nos despertábamos juntos, pero los fines de semana eran muy emocionantes. Y sí, esta nueva franja horaria en la que estoy ha modificado un poco las cosas, nos vemos un poco más, pero lo que realmente ha cambiado nuestra relación es que somos conscientes de que estamos en otra etapa de nuestra vida. Cuando terminé en la SER, me despedí como quien ha concluido su carrera profesional, esa carrera ya está hecha, cerrada, sea buena, mala o regular, allá quien la juzgue. Tengo a buen recaudo, a salvo de cualquier emergencia, el grueso de mi carrera, y he recibido el regalo de que en la prórroga se me ha permitido participar en operaciones inaugurales. Pero Lola y yo tenemos la mentalidad de una pareja que está afrontando un tramo distinto de su vida, y no oculto que es determinante que este paso haya venido acompañado de la enfermedad de mi hija. Tenemos la sensación de que se inicia un nuevo tiempo,

y la suerte de que nos quedan muchas ganas de estar el uno con el otro. No sé, somos una pareja rara, estamos muy a gusto con amigos, pero si vamos solos, tenemos mucho que decirnos y lo pasamos muy bien; tenemos muchas ganas de estar más juntos, viajar más, vernos más, porque la impresión es que todavía no hemos empezado a hacerlo. Vamos a seguir trabajando, los dos, pero yo siento como si hubiera estado viviendo 40 años en la trapa y ahora la hubiera abandonado y empezara otro período. Es el final de la radio con unos horarios brutales, el comienzo de un nuevo trabajo en el que soy tan novato y la conciencia de que mi hija nos necesita más. Y el resultado es que vamos a administrar de otra manera nuestra vida. Lo tenemos muy interiorizado, incluyendo el vértigo del que sabe que empieza una etapa final».

«El vértigo se refiere a una cierta intemperie, paio. La maldición de vivir en la trapa es a cambio la bendición de que todo estaba muy cuadrulado, a tal hora maitines, a tal laúdes, a tal el refectorio. Levantarse a las cuatro de la mañana es una maldición, pero al mismo tiempo es un esquema que te sostiene en su cuadrícula. Ahora estoy afrontando la intemperie, y recolocando mi tiempo, mi inmediato futuro. Y en ese tiempo va a estar el estudio: el tiempo que libere no será para tocar el laúd y hacer cestas de mimbre en la isla de Hierro, no, no soy tan gilipollas. Estaré estudiando porque no hay nada que me guste más: me lo paso de cine. Y quiero ponerle un poco de método». Piensa, está pensando en el tiempo que le queda, lo contrario sería, dice, estar mal de la cabeza. «Seguiré trabajando, de momento, pero voy a ir

soltando amarras poco a poco, y a ver si esto me lleva hasta los 100 años».

«Mira, te lo digo de verdad, a mí donde me importa triunfar es en mi vida; los premios los agradezco, pero donde quiero ser muy bueno es en mi vida. Y estoy contento porque creo que, pese a todos los problemas, me ha salido bastante bien mi historia con mis hijos, estoy contento de cómo me ha salido mi historia con mi mujer, y ahora quiero que me salga bien mi historia con mi vejez, con mi decadencia, y con mi muerte: eso quiero hacerlo bien. Quiero entonces llenar el tiempo de contenido, y darle calidad». Sus placeres hoy: estudiar, leer, viajar, escuchar música. «Me encantaría poder dedicarme más a esto: viajar con el pretexto de la música, una ópera en París, un buen concierto donde sea; y disfrutar de lo que he ido consiguiendo, una situación económica estable. Estoy seguro de que lo haré, y seré muy feliz». Si la salud lo permite. Poco antes de decir adiós a la radio, su estado físico había hecho sopesar en la cadena un eventual relevo. Fue operado con éxito de un cáncer de pronóstico delicado; ayer mismo recogió las últimas pruebas: se encuentra bien. «Tuve un cáncer, y los médicos no sabían si iba a sobrevivir, y la incertidumbre me obligó a plantearme todo, claro, incluido el relevo. Lo pasé fatal, pero me sorprendió a mí mismo lo bien que lo llevé. Dicen que soy muy duro y que tengo mucha voluntad y capacidad de resistencia, así que resistí muy bien la operación, y la quimio y radioterapias. Tuve la suerte de que esto sucedió en junio y el verano me permitió la recuperación, con lo que me reincorporé en septiembre sin que casi

nadie lo supiera. Entonces decidí que hasta que no me cayera iba a intentar seguir trabajando; y lo hice, no sé cómo». Un paseo entre la vida y la muerte que le obligó a reflexionar sobre el sentido de las cosas, las más cotidianas: «¿Me merece la pena estar aquí viviendo como un atleta de la política a costa de un esfuerzo titánico de mi salud, sin poder atender mi vida personal, sin poder estar con Lola? Venga, venga, hay que ir buscándole una salida, y esto estaba en la mente de todos: que Iñaki estaba buscando una salida, que quería escapar. Pero ya sabemos cómo son las empresas: cuando me repuse, se olvidaron, como si nada, y tuve que hacer unas cuantas llamadas (toc, toc, toc, escenifica con el puño sobre el velador): “Oye, ¿por dónde se sale de aquí?, ¿es que esto no tiene puertas ni ventanas?, ¿es que voy a irme directo de aquí al cementerio? Que no, ¿eh?”. Entonces lo de Cuatro fue casi una puerta que me abrieron para dejarme escapar».

NO PASA NADA, SÓLO PASA EL TIEMPO

Escapó del atletismo político y de la enfermedad para entrar de lleno en esta nueva etapa donde escucha las trompetas de la muerte, única certeza. «Lo tengo muy bien encajado. Mi mujer y mis amigos se quedan un poco pegados, porque tengo una gran lucidez y conciencia de la muerte, desde siempre, nunca me ha asustado, ni me ha importado envejecer, y no entiendo esta especie de pacto universal de silencio en torno a lo único evidente, porque yo no creo que ayude. Lo que me preocupa no

es morirme, sino no acertar a vivir. La certeza de la muerte me ha ayudado mucho a tener presente que la vida es efímera, y me ha consolado cuando me iba mal, y me ha aportado mucha seriedad para relativizar el éxito y el fracaso. Tengo más consciencia del día que pasa, de que es el último jueves día 6 de julio de 2006 de toda mi vida. La consciencia del paso del tiempo me ha acompañado siempre, y me llama la atención lo infrecuente que es. He intentado vivir la vida con serenidad, y esto conecta con lo que crees y dejas de creer. Yo no soy religioso, en absoluto, pero creo en las cosas bien hechas, y en el respeto y la ayuda a los demás. Y gracias a ello he podido soportar lo que me ha tocado vivir, como los 8 años de enfermedad de mi mujer. Creo que soy un tipo bastante táctil para este asunto de la vida, lo cual me ha dado serenidad en los peores momentos y me la da ahora, para afrontar el vértigo». Una emoción visible nubla sus ojos, ante el paso del tiempo o el vértigo: «No pasa nada, sólo pasa el tiempo». Tal sería su lema vital: «Frente al hecho de que el tiempo pasa, nada importa, lo demás se encaja. Además, he vivido un oficio tan marcado por el tiempo, que me ha agudizado mucho esta consciencia: sólo tenemos tiempo, si un día se te va, ya no vuelve. El tiempo es un bien escaso y hay que atenderlo como se merece. Creo que éste es el dato que más ha marcado mi manera de entender la vida, mi personalidad». Y la trascendencia: «Sólo sobrevive el recuerdo». Éstas son sus creencias: «Existe el cielo y el infierno; el cielo es aquel que le construimos a la gente que quisimos, y el infierno, lo que recordamos de quienes odiamos. Yo hablo mucho de mi mujer, y con

su recuerdo le fabrico un cielo, y también de mis padres, con mucho agradecimiento. En cambio, la condena eterna de Hitler es que la gente maldiga su memoria. No llego a echar agua a mi alrededor en la creencia de que mis antepasados me rodean, pero tengo un sentimiento un poco africano hacia mis muertos: hay que recordarlos, para que así su paso no haya sido en vano. Mi mujer se murió cuando tenía 36 años, la edad que ahora tiene mi hija, no hay derecho a ello: recordándola... Bueno, no sé, sólo creo en ese cielo, y no hay más». De nuevo la emoción cruza la mesa de un extremo al otro, en un ir y volver de sentimientos contagiados.

EL MENSAJE DE LA IRA

Cuando se despidió de la radio, 19 años y una voz, «hoy por hoooooooooooooooooy», lo hizo pidiendo perdón por haber tenido momentos de ira. Y se confesó a sí mismo como un hombre de natural violento, y entonces muchos lo descubrieron, después de toda una vida y profesión, habitando «posiciones templadas», como a él le gusta decir. «Mi carácter, mi natural, no es dulce y apacible como un violonchelo, sino que he logrado ser bastante dulce y apacible como consecuencia de creer que es mejor: he trabajado para ser mejor (dulce y apacible) del mismo modo que he trabajado para intentar ser más educado o más culto, más atento y cuidadoso con las opiniones ajenas, o más conciliador. Lo primero y lo más fácil es gritar, pero el camino del hombre civilizado es ha-

cerse poco a poco más moderado, consciente y amable. Yo he hecho un gran esfuerzo, y cuando llevaba el programa más importante de la primera radio de este país, tenía la obligación de ser cuidadoso y respetuoso con las diferencias sin ocultar mis posiciones ideológicas, mi mentalidad progresista. Nunca he creído que mi trabajo me recomendara jugar en una línea aguda, sino en una banda ancha, apostando en caso de duda por lo progresista en cuanto a derechos sociales; pero abierto siempre. La medida es resultado de una opción personal y de mi lucha por conseguirla, que se habría dado aunque trabajara en el Banco Santander, con el añadido de que trabajar donde trabajaba lo hacía más necesario. Al terminar, precipitado por una serie de episodios que se dieron sobre todo durante la mayoría absoluta de Aznar, como la Guerra de Irak, el *Prestige*, etcétera, pedí perdón por mi ira, porque había estado haciendo lo que creo que no debe hacer un comunicador: un comunicador responsable no debe hablar desde su ira. Lo cual (el mea culpa) no quiere decir que no sostenga todas y cada una de las posiciones que sostuve, pero en algún momento me dejé llevar por la ira y no me parece bueno. En cambio sí me parece bueno que se diga (perdón), porque el que trabaja frente al público no sólo es responsable de lo que dice, sino de cómo lo dice: la forma también transmite un mensaje muy importante. Transmitir un mensaje desde la ira no me enorgullece nunca, y quise que los oyentes que aplaudieron esa ira no me recordaran por ello».

«Lamento que se hayan volado las posiciones templadas, porque yo sí he habitado toda mi vida las posi-

ciones templadas, pero he terminado saliéndome de ellas como consecuencia del propio deslizamiento de la política que, a mi juicio, tuvo su origen en el enfrentamiento González/Aznar, y que a mí no me ha colocado en una posición cómoda. Yo escucho a Federico (Jiménez Losantos) y lo siento cómodo, encantado con lo que hace. Sin embargo, cuando yo estaba en la SER, en los momentos más radicales, estaba haciendo lo que creía que tenía que hacer, pero no estaba a gusto; hacía lo que hacía como consecuencia de una emergencia: estoy siendo sincero, pero ojalá podamos dejarnos ya de esto, no soy feliz así, me canso, no me gusta. El encarnizamiento de la vida política me abrazó, me envolvió y me convirtió casi en un portaestandarte, que no me gusta nada. Aquella no era mi guerra, no quería pelear, no me iba lo de ser el “antifederico”. Mi tendencia natural me dice que la convergencia arroja luz, mientras que el enfrentamiento me da miedo».

Pero el perdón no es tarea sencilla para el que lo pide, y menos aún para el que lo concede: ya muchos lo habían identificado como la voz de un bando, porque este país deviene en bandos aunque nadie diga sentirse satisfecho de ello, idiosincrasia. De modo que a Iñaki Gabilondo lo señalaron como adalid y portaestandarte de la izquierda, desde su radio, desde su ira a veces. «Eso me ha dolido, me ha puesto muy nervioso, porque yo soy consciente de que dos no se pelean si uno no quiere, imposible; dos no se pelean si uno dice hasta aquí, en esta raya empieza tu libertad». Y sobre ello representaron un auto de fe. «Me produce mucha tristeza, pero existe un juego que, insistentemente repetido, produce un falso efecto de verdad.